

19 DE JULIO. —«El Diario de Centro-América» de hoy, y algunas visitas que anoche recibí, se han encargado de sacarme de dudas sobre la significación del telegrama que recibí de México: un periódico de San José de Costa Rica, «El Tiempo» del siete ú ocho de los corrientes, soltó este «borrego» á propósito de mi individuo:

«SENSACIONAL.

«Por cartas recibidas últimamente de nuestro correspondiente en Guatemala, sabemos que fué herido de gravedad por mano desconocida, en aquella República, el «Ministro de México, Don Federico Gamboa, quien supo «ganarse bastantes simpatías cuando estuvo entre nosotros.»

«El Gobierno del General Díaz, inmediatamente que «tuvo noticia de tal hecho, mandó á Guatemala en el «buque de guerra Juárez (*¿por qué aguas andará ese buque que nuestro? . . .*) al General Latorre, (*habrá que buscar «en el escalafón á ese general mi vengador*) para llevarse á «México al señor Gamboa y para hacer las averiguaciones correspondientes, dilatando en ésta tres días.

«Se teme un conflicto bastante serio.

«Muy en breve daremos más detalles que nos ha ofrecido nuestro correspondiente.»

«El Diario de Centro-América,» que reproduce lo anterior, reproduce asimismo la rectificación que á mentira tamaña dió por la prensa josefina el cónsul guatemalteco allá, Máximo Soto Hall.

Confieso que aunque todo sea una *bola* mayúscula, mal-

dita la gracia que me ha hecho suponerme asesinado, ó punto menos. No llega á tanto mi sed de notoriedad, ni me consolaría en lo mínimo tampoco que vinieran á vengar mi muerte las escuadras reunidas de todas las Potencias; prefiero cuidarme yo mi vida lo mejor que pueda.

Y bien mirado, nada más fácil que se lo escabechen á uno á la vuelta de una esquina, lo mismo acá, que allá, ó que acullá.

En efecto, ello es posible, mas aparte de que no creo á nadie interesado en mi muerte, suponiendo que alguien lo estuviese, no veo manera de disminuir los riesgos problemáticos ó próximos, ni con vigilancias ajenas, ni con otras medidas precautorias; que para este caso todo sobra, como sobra el que le digan á uno cuando se halla enfermo de gravedad:

—Cuídate mucho!

Es tan sencillo matar á un hombre, cualquiera sea la posición que ocupe y así camine rodeado de murallas humanas y vestido de cotas de mallas florentinas! Díganlo si no—que, regularmente ya no podrán decirlo,—los césares, czares, emperadores, reyes, presidentes y ministros asesinados.

Lo que se cosecha con una alarma de estas, es que la propia vida suba de precio, y que las horas y hasta los minutos, adquieran un agradable sabor, por amargos que algunos sean de suyo.

20 DE JULIO. —En «El Diario del Salvador» del 14 del actual, que hojeaba yo esta noche en el Club, tropecé con

una correspondencia subscripta por D. Valero Pujol, é intitulada:

«La literatura en Guatemala.—Algo acerca de un escritor mexicano.—Los literatos guatemaltecos.—Re-
«traimiento.—Un poeta cubano en Centro-América.»

El «Algo acerca de un escritor mexicano» refiérese á mí, y quiero yo, á mi vez, ocuparme en «Mi Diario» de la personalidad de D. Valero Pujol, á quien conozco hace muchos años y á quien no pude apreciar totalmente hasta mi actual permanencia en Guatemala.

El día de hoy, D. Valero Pujol, si no ha cumplido los sesenta, poco ha de faltarle. Es español rancio, de Zaragoza, republicano rabioso—de la pléyade de Pí y Margall, Castelar, etc.—y hombre de letras hasta la raíz de los cabellos.

Físicamente, es uno de los hombres de carne y hueso que más se aproxima al Quijote: « . . . de complexión resaca, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador. . . »

He palpado, tratándolo de cerca, la verdad del siguiente apotegma, que alguna vez leí ó escuché:

—«Hombre que se parezca á *Don Quijote*, en lo físico, ha de ser por fuerza, un caballero en lo moral.»

Y D. Valero es, ante todo, un caballero y un hidalgo á la antigua usanza; recto en el pensar y no tuerto en el obrar, honrado y franco, trabajador y casto, no obstante las opiniones en contrario que sus detractores y enemigos de aquí propalan á porfía;—si en Guatemala pasaran una corta temporada las once mil vírgenes del Cielo, los maleantes que aquí abundan, declararíanlas abarraganadas con los soldados que forman el batallón

«Canales» ó el batallón «Jalapa», de la milicia guatemalteca.

La gran equivocación de D. Valero, su grande pecado—según él mismo lo reconoce y proclama,—radica en haberse venido á «estos reynos» cuando decidió, hará treinta años, expatriarse de su tierra tan poco preparada para el republicanismo y venirse «á las Américas» deslumbrantes y engañosas á distancia, algunas de sus comarcas muy principalmente.

Pujol llegó en la época de Barrios (Justo Rufino), cuando sólo el reformista imitador de nuestro Juárez, aparecía entre sus gobernados, y la fiera que en sus entrañas dormitaba, aún no hacía uso de sus defensas y de sus zarpas.

A los principios, la existencia americana pintó bien á D. Valero, con mucho quehacer y mucha ganancia de plata: cátedras, periódico, estimación, y el nacimiento de los primeros hijos.

Con el galope de los años y las alzas y bajas de la política, á par multiplicáronse los herederos y apuntaron las dificultades, chiquitinas éstas, como los hijos, pero como los hijos sentenciadas á crecer y perdurar.

Todavía púdose á los varios lustros de destierro, realizar el ensueño: la vuelta á la patria, de paseo siquiera. Y á la Península cargó Pujol con la parienta y los vástagos; un viaje de casi veinticuatro meses, que devoró hasta el último de los maravedís economizados en la época propicia. . . .

Hubiera querido D. Valero, entonces, no volver á Guatemala y probar fortuna en Buenos Aires ó México; pe-

ro las relaciones contraídas en Centroamérica, el haber nacido en ella sus hijos, la esperanza de rehacer en terreno conocido la pequeña fortuna que trajera aparejada la independencia con que soñamos todos los que trabajamos con el cerebro, estorbáronselo, y á Guatemala tornó, y en Guatemala sigue, y en Guatemala morirá, probablemente. . .

—«Lo cual que me tiene sin cuidado!»—exclama D. Valero, en castellano de los Madriles y chupando de prisa su cigarrillo inseparable.

Ahora es corresponsal de un periódico en Suramérica, y del «Diario del Salvador» en San Salvador; reimprime y realiza algunas de sus obras de enseñanza; en el Ferrocarril del Sur tiene el empleo de abogado consultor y permanente; juega ajedrez en el Club tarde á tarde; escribe hasta muy avanzada la noche; piensa mucho y duerme poco, y cultiva una media docena de amistades escogidas por él en persona.

Lleva publicados, entre otros libros:

«Compendio de la Historia de la Filosofía,» tomo en cuarto de trescientas páginas, 1885;

«Compendio de la Historia Universal,» tres tomos en cuarto, que en la actualidad está reescribiendo con profundidad mayor, por orden y cuenta de una casa editora neoyorquina, y una

«Miscelánea Literaria é Histórica» de quinientas páginas, de muchísimo interés.

Como español legítimo, y sobre todo, como español ilustrado, es orador, naturalmente orador; y lo que es más, conversador regocijadísimo y hasta instructivo. En

treinta y tantos años de América no ha perdido el acento castizo, ¡ni el zaragozano! Cuando quiere, parece un baturro acabado de desembarcar.

En Guatemala ha sido maestro de dos generaciones de hombres públicos de toda Centroamérica.

Bueno es consignar de paso, que una de las causas á que Guatemala debe el conservar innegable supremacía sobre las cuatro repúblicas sus hermanas, estriba en que á Guatemala vienen á graduarse de todas ellas (y hasta hace poco tiempo de nuestro Estado de Chiapas también), cuantos persiguen una carrera.

Tocóme á mí la buena suerte de que D. Valero me diputara por su amigo y me diera cabida en su «media docena» de relaciones; con ello proporcioname placer positivo en las visitas frecuentes y prolongadas que me hace por las noches. A solas él y yo, en mi confortante y espacioso gabinete de trabajo, charlamos de América y de España, de cosas abstractas y de cosas concretas, lejanas y próximas; de ideales políticos y de quimeras literarias—de desesperanzas, desengaños y prosas. . .

Y cuando me quiere obsequiar con mayores larguezas, se viene á comer conmigo, como la noche de hoy.

27 DE JULIO.—Comencé el capítulo tercero de la primera parte de «Santa.»

28 DE JULIO.—Vicente Acosta ocupa cuatro columnas del «Diario del Salvador» para juzgar «La Última Campaña,» cuyo estreno presencié en México, donde entonces se hallaba como segundo secretario de la República, Mayor de Centro América.

15 DE AGOSTO.—Al concluir las carreras en el hipódromo, llevéme á casa á Rafael Spínola, actual Ministro de Fomento de este país. Quiere leer lo que vaya escrito de «Santa,» y él mismo, muy bien por cierto, da lectura en alta voz á los casi tres capítulos de la novela.

Este Rafael Spínola se distingue de la generalidad de gobernantes de estas comarcas. Desde luego, es sin disputa, un literato en la acepción noble y estricta del vocablo, que ha producido y continúa produciendo. En lo que más descuella, sin embargo, es en la oratoria.

Su vida ha sido de luchador y de bohemio, no obstante que aún no dobla el «Cabo de los Cuarenta.»

Hace muchos años que lo conocí en México, á donde llegó aventado por uno de los ciclones políticos centroamericanos, en instantes en que yo salía para esta tierra suya, muy ufano con mi primer traje de segundo secretario en la Diplomacia Mexicana.

Apenas, pues, si nos vimos y tratamos, yo en Guatemala, con sueldo y consideraciones fijas; él, de expatriado, pasando las de Caín, hoy con este destino y mañana sin él. Hasta empleado municipal muy subalterno fué en la «Pluviosilla» de Rafael Delgado, ó la Orizaba del Estado de Veracruz; pero en Orizaba y en todas partes sembró simpatías y se llevó consigo amistades, muy particularmente de la ciudad de México.

Lo perdí de vista durante la década que tardé en volver á Guatemala por segunda vez; allá, en alguna revista ó periódico suramericano pareceme que leí su nombre, calzando versos.

A mi llegada aquí, encontréme con Rafael de Subse-

cretario de Fomento, en lo oficial, pues en lo personal no había variado ápice: juvenil, corpulento, enhiesto; por encima de la cabeza, sus mismos rizos de cabellos; por los interiores, bulléndole los hijos ajenos y los hijos propios, es decir, lecturas de extraños y el pugnar de las obras exclusivamente suyas, *non natus*, por salir al mundo.

Spínola viste siempre descuidadamente, dando preferencia á la ropa negra ó muy oscura; gasta corbata flotante y chambergo de *rapin montmartrois*, prendas que mucho sientan á su tipo italiano-meridional; parece prófugo de Sorrento.

Jamás sepárase de José Joaquín Palma, el delicioso vate cubano, de quien también habré de hablar en estas páginas y á quien Spínola ama entrañablemente.

Cuando apareció mi «Metamorfosis,» Spínola le enderezó una señora crítica que ha de haber contribuído muchísimo al doble y excepcional éxito de aplausos y monedas que la novela ha alcanzado en Centroamérica.

Por lo tiránico de nuestras posiciones respectivas, que no consienten el que un funcionario de *Chapinia* sea muy íntimo de un representante azteca, ó viceversa, más bien nos hemos mantenido á distancia; un saludo que otro, en la calle, un rato de palique en apartado canapé después de algún odioso é insípido banquete oficial, y páre usted de contar.

Ofertas, sí, con deseo de poder cumplirlas y no cumpliéndolas nunca:

—«Muy pronto me iré á comer contigo. . . una noche de estas. . . para que leamos. . . y para que hablemos. . . »

Hoy pudimos resarcirnos; ha habido plática y lectura desde las cinco y media de la tarde hasta las once y media de la noche.

20 DE AGOSTO.—En los periódicos llegados de México, vienen reproducciones, con y sin comentarios, de los *narratives* de mi pretendido asesinato.

5 DE SEPTIEMBRE.—Certificadas por el correo y adelantándose á los diplomas, hoy llegaron para Luis Ricoy y para mí, las insignias de la Orden de Carlos III de España, que hará un año nos ofreció antes de su partida D. Felipe García de Ontiveros, Ministro de S. M. Católica.

Vino con las insignias carta expresiva del mismo Ontiveros, explicando por qué se nos hacía distinción tan maña.

Con ésta, son dos las condecoraciones extranjeras que poseo.

De las prodigalidades con que el Gobierno de Guatemala sorprende de cuando en cuando, pocas ha de haber que igualen en magnitud á las de las fiestas anuales consagradas por esta ciudad—que tiene de todo menos de griega,—á la diosa Minerva.

Dieron principio el año pasado, con las naturales imperfecciones que rodean á toda cosa que se inicia.

A un lado de la pista del hipódromo, frente por frente de la amplia tribuna oficial para presenciar las carreras de caballos, se edificó á todo coste un templo helénico, destinado á los festivales infantiles.

Confieso que, por lo pronto, no me ha parecido muy adecuado honrar á la diosa de la sabiduría en el centro de un hipódromo, aunque dicho sea por vía de atenuante, el local es muy espacioso, y el horizonte que circunda al templo, idealmente bello; no hay en Centroamérica, para cualquier rumbo que la vista se vuelva, un solo horizonte que no encante.

Mucho podría yo decir sobre la conveniencia ó inconveniencia que á mi juicio se desprende de la erección de este templo y de los festivales que en él se celebran anualmente; pero en el fondo, ¿qué me importa á mí el hecho, ni qué tengo que meterme en censuras ó alabanzas de lo que se halla fuera de mis dominios? Si algo hay que decir en pro, es más lo que me ocurriera decir en contra.

¡Templo y fiestas anuales á Pallas! . . . Si de mí hubiera dependido, tal vez habría mejorado antes algunas escuelas nacionales que he visitado y que están reclamando mobiliarios más completos, ó que se repongan sus techos, ó que se enmaderen sus pisos.

A raíz de la inauguración del templo, el año pasado, una grave calumnia, que no se sabe quién propalara, anduvo por ahí diciendo que la fiesta inaugural había concluído con espantosa matanza de niños, muertos por soldados guatemaltecos al disparar sobre unos amotinados que trataban de asesinar al Presidente. . .

Falsa, falsísima esa imputación, sirvió no obstante para que en los varios meses que tardó la maliciosa nueva en rectificarse, el nombre de Guatemala anduviera censurado en países extraños.

De ahí sin duda que en la fiesta de hoy, se procurara dar al acontecimiento mayor brillo y resonancia; que se solicitase colaboración harto más extensa y escogida de políticos y literatos de ésta y otras tierras, para llenar las páginas del «Album Conmemorativo;» álbum en el cual hemos estampado pensamientos alusivos los diplomáticos residentes en Guatemala.

Así fué cómo escribí la vez pasada:

« Amar á la niñez es el instinto.

« Instruirla es el deber.

« Lo primero, lo practican hasta los animales; lo segundo, el hombre nada más.

« En nuestras sociedades modernas, sin embargo, no todos los hombres pueden cumplir con éste y otros deberes; antes se impone la propia conservación, con sus crueldades, ingratitudes y egoísmos.

« La única obra buena que el pobre hace, es su hijo. Pero para que no se malogre, el Estado ha de intervenir, educándolo, sin reparar en la magnitud del coste que su educación demande.

« Los gobiernos que mucho gastan en la educación de los niños, son beneficiosos y previsores. Fundan, sin saberlo quizá, su mejor caja de ahorros. Cuando los niños se convierten en ciudadanos, pagan á la Patria el capital y réditos de su vida y de su inteligencia.

« Dar la vida es fisiológico, no tiene mérito; la damos inconscientemente y á cambio de un placer.

« Dar la educación, es filosófico y es grande; la damos á costa de afanes, noblemente; previendo que en la prodigiosa marcha progresiva de la Idea, nuestros pós-

« teros sabrán más que nosotros, y habremos de despartarles, cuando no el desprecio, porque somos «lo pasado,» la compasión que á la fuerza siente el que vive y « más sabe, por el que ha muerto y supo menos.»

En esta vez, escribí:

« Los gobiernos que protegen y difunden la pública instrucción, son honrados; pues al hacer esto, retan valientemente á la generación que ha de juzgar de sus actos y contraen el compromiso solemne de bien comportarse, á fin de salir absueltos de un implacable tribunal al que ellos mismos obsequiaron con la Pluma y con el Libro, únicas armas que no mella el majestuoso y grave discurrir de los años.»

Desafío á que nadie pueda tacharme de lisonjero; que no ha sido mi hábito lisonjear á los gobernantes ó gobiernos de parte ninguna, ni siquiera á los de casa.

22 DE OCTUBRE.—«La Revista Nueva,» de Santiago de Chile, obsequia con un aplauso á mi «Metamorfosis.»

20 DE NOVIEMBRE.—Concluyo el tercer capítulo de la primera parte de «Santa.»

Después de muchas reflexiones y al cabo de casi dos años de consecutiva permanencia en Guatemala, hoy resolví solicitar por el telégrafo una licencia de mi Gobierno, para ir á México.

26 DE NOVIEMBRE.—Concedida mi licencia.

10 DE DICIEMBRE.—Todos estos últimos días, visitas y

comidas de despedida; arreglo de baúles y desarreglo de la vivienda; íntimo contento de volver á mi tierra, que hay que disimular, para que no se lastimen los buenos amigos que aquí nos dejamos.

Mañana embarcaremos en el puerto de San José, á bordo del vapor *Costa Rica*, de la Mala del Pacífico.

¡Y tan mala! . . .

11 DE DICIEMBRE.—Muy expresiva despedida oficial por parte de los funcionarios y autoridades, en la estación, á las 7.30 de la mañana, que vino á rematar la que ayer tarde tuvimos el Presidente Estrada Cabrera y yo, en su residencia particular.

Muchísimos amigos: los que vienen por venir y los que vienen porque nos quieren.

El Cuerpo Diplomático en toda su integridad de caballeros y damas.

Y en tren especial, bondadosamente puesto á mis órdenes por el Gobierno, á las ocho en punto partimos rumbo al puerto.

12 DE DICIEMBRE.—Frente á Champerico.

Anclados todo el día, con un balance desagradabilísimo.

13 DE DICIEMBRE.—Frente á Ocós, último puerto guatemalteco hacia el Norte, sobre el Pacífico.

14 DE DICIEMBRE.—En aguas mexicanas, frente á San Benito.

El personal de la aduana y el del resguardo rindié-

ronme atenciones con las que no contaba yo; es que el capitán del vapor izó bandera de ministro en el mástil de proa.

15 DE DICIEMBRE.—Porque no llegaron anoche los papeles de despacho del barco, que los expiden en Tapachula, hemos continuado anclados todo el día.

16 DE DICIEMBRE.—Frente á Tonalá.

17 DE DICIEMBRE.—Desembarco en el puerto en construcción de Salina Cruz, que, á causa del ferrocarril del istmo de Tehuantepec, y si no se hace pronto el canal interoceánico de Panamá ó su hermano el de Nicaragua, acabará con el tráfico panameño.

Dije desembarcar, y dije mal, que no es desembarcar meterse en uno de estos pesados y peligrosísimos lanchones, movidos por andarivel, y sacudidos por unos tumbo que recuerdan los del *Pas de Calais*.

Azotábanos las espumas, las crestas de las olas inquietas y bravas que se estrellaban en los aires ó contra los bordes de la embarcación primitiva, nos empapaban ropas y rostros, y el hacinamiento de pasajeros, animales y bultos, nos daba aspecto de conjunto lamentable de aventureros de algún período precolombino. Por tortura tamaña, cobraron peso y medio á cada quisque, grandes y chicos. . . Cuando transidos por la mojadura y la congoja, tuvimos muy próxima la playa, una brusca sacudida al encallar en la arena, nos revolvió á todos, siendo extraídos después por los nervudos brazos de los

bogas, que casi como á fardos nos depositaron en tierra firme. . .

El ayuntamiento de Salina Cruz me compensó de la inhospitalaria entrada, me acompañó desde allí hasta el hotel, que lo mismo de lejos que de cerca no es más que un ventorro fermentado, y en el hotel, cuando se descorchaban sonoras botellas de cerveza, obsequiáronme con unos cuantos discursos y con nuestro himno nacional ejecutado por modesta murga.

En mi trayecto, pude darme cuenta de que el pueblo corre parejas con cualquiera de los de Mozambique, y al penetrar en la posada, palpé que no sólo era una infección, sino lo que es peor, que se hallaba sometida incondicionalmente al antojo de los empleados extranjeros del ferrocarril ístmico.

Minutos antes de que nos llamaran á comer, se me acercó el hostelero á significarme apenadísimo que tenía que quitarme el cuarto que ya había yo alquilado, porque los señores de la compañía se lo reclamaban, y él, por los términos de su contrato, no podía dejar de complacerlos. . . !

Al pronto, atribuí el mensaje á algún estado delirante que por el desembarco me hubiera atacado, mas como mi huésped repitiérame su «epifonema,» ganóme una indignación impulsiva y acometedora.

—¿Les ha dicho usted que se trata de una señora y de un niño? . . .

—Se lo he dicho.

—¿Y á pesar de que saben que no hay ningún otro albergó en la localidad, insisten en ejecutar esa prerrogativa? . . .

—Insisten!

Salga lo que saliere, resolví oponerme hasta por la fuerza á que el acto se consumara.

El arrendatario del hotelucho no tenía la culpa; habíanle alquilado el local, propiedad de la compañía, en determinadas condiciones, y era una de éstas, que á la llegada de los empleados, á cualquiera hora y en cualquier tiempo, debería alojarlos y alimentarlos de preferencia á ocupantes anteriores.

Que el arrendatario, venido á ganarse su vida en estos riscos, diera su consentimiento, no me parece mal; pero que las autoridades lo toleraran, paréceme abominable.

¿A dónde ir en este páramo? ¿á levantar una tienda en la playa ó á implorar en algún «jacal» una limosna de alojamiento? . . .

—Muéstreme usted á esos empleados!

Junto al mostrador hallábanse apurando *whiskies* entre carcajadas, voces y manazos; rubios, congestionados, vestidos de *kaki*, con anchos sombreros de fieltro; dueños del campo, insolentes y conquistadores; ¿eran británicos? . . . ¿eran yanquis? . . . No lo supe, hablaban inglés. . .

A pesar de que llevaban el mismo traje y de que algunos imitaban, exagerándolos, sus bruscos modales, en el acto distinguíase á los empleados mexicanos, jóvenes ingenieros, contadores de provecho, que se ganaban la existencia arrojando estos climas y estas comidas. . .

Al llamado del hostelero, desprendióse el sajón que exigía mi cuarto: un Mr. Johnson ó Mr. Brown ó Mr. Smith cualquiera.

F. GAMBOA

—Quería decirle á usted—empecé yo,—que el cuarto que ocupo. . .

—*That's all right, that's all right, I know who you are and you can stay. . .*

E invitado por él, reconocido por un ingeniero mexicano, biografiado ditirámbicamente por el arrendatario de la venta, y de bracero de mi nuevo amigo el presidente municipal, apuré un *whiskey* en medio del grupo ruidoso.

Cosa que me resultó de perlas, pero si mi blondo invitante no hubiese cedido de tan buen grado, si yo fuese un viajero cualquiera, ¿qué habría pasado? . . .

18 DE DICIEMBRE.—A todo riesgo, pues la empresa á nada se compromete cuando le vende á usted su billete de pasaje, (si está usted de buenas y no hay contratiempo ni accidente que obligue al ferrocarril á detener su marcha en cualquier paraje, unas horas, unos días, ¡una semana!, llegará usted á su destino á la hora fija, más ó menos; pero si está usted de malas, dormirá en los wanes, ó á la mitad del monte, y comerá lo que encuentre, siendo de advertir que lo que más abunda es yerba, pero venenosa por ser el trópico,) á todo riesgo, digo, poco antes de las seis de la mañana nos embaulamos en el tren.

A ver si llegamos.

Muy agradable el camino.

Almuerzo en «Las Palomas.»

Alarma grandísima entre pasajeros y empleados: el tren va á hora de itinerario!

MI DIARIO

4 p. m. Con toda felicidad hemos llegado á donde hemos de transbordar. Una estacioncilla que se denomina «El Juile,» de la que arranca un ramal á San Juan Evangelista, á donde arribamos cuando era ya noche cerrada.

Con mayor comodidad de la que prometían estos andurriales, nos instalamos en una posada «jarocho-goda.»

Mesa redonda, comida comible y habitación espaciosa.

19 DE DICIEMBRE.—*Partenza* al medio día, rumbo á Alvarado, y embarque en el «Playa Vicente,» vapor pequeñísimo, de río, de calado irrisorio, de rueda de paletas á popa, que maneja un patrón venezolano con quien no tardé en trabar buenas amistades.

Llevamos también á un sobrecargo, á dos camareros para el comedor, á un cocinero con su ayudante—ébano puro ambos,—y hasta media docena de tripulantes, abajo, y un maquinista que tira á rubio.

Delicioso el viaje fluvial sobre este ancho y manso río de San Juan, que ofrece uno de los más encantadores panoramas que me ha sido dable contemplar en mis viajes. En ambas riberas abundan los caimanes, enormes algunos, como troncos de árboles abandonados, lentos en sus andares, zampuzándose pesadamente en el agua, ilesos de los disparos de pistolas y carabinas que desde á bordo les hacemos.

El sobrecargo afirmame que todos sus tiros han sido aprovechados y que debe de haber muchos caimanes heridos de gravedad. . . pero lo cierto es que ellos no lo parecen ó á maravilla disimúlanlo.

En vuelo majestuoso por los aires ó en su posar hierático sobre los arbustos y enramadas de las orillas, divísanse muchas garzas, blancas, azules, bellísimas. . .

La flora de la región, intertropical. El ambiente agradable y tibio, saturado de permanente brisa perfumada.

Bajo la toldilla, despotriqué ó lectura; ociosidades contemplativas y meditabundas, cigarros amigos que con su humo evocan recuerdos gratos, rostros de amor y de odio que con el humo esfúmanse, ó aconsejando, en vez de evocar, las respuestas y actitudes para lo futuro, que también se esfumarán, como el humo. . .

El almuerzo, guisado en nuestras propias narices,—el comedor y cocina encuéntranse sobre cubierta, en seguida del cuartucho en que timonea el venezolano,—de ahí que devoráramos aquél en cuanto lo sirvieron.

Pasajeros, para dos servicios de mesa. . . porque mesas y pasajeros somos apenas unos cuantos.

Grandes honores á la comida de la tarde. En el transcurso del día hánse dibujado las amistades efímeras de todas las navegaciones.

En un paraje en que detuvímonos «á hacer leña,» subió un grupo de americanos de los Estados Unidos, y como yo me alarmara con el crecimiento del pasaje, tal alarma subió de punto cuando el sobrecargo me anonadó con su respuesta:

—No, no hay camarotes libres; los dos únicos del barco separáronlos desde San Juan Evangelista, en la agencia; uno pertenece á ese señor y el otro á aquel caballero.

Oh conflicto! ¿Cómo pasarán la noche mi mujer, mi hijo y su aya, más una señora suiza con varios herederos, que á mí encomendada viene desde Guatemala? . . .

¿En las hamacas que más tarde colgarán de la cubierta? . . .

Intenté que alguno de los propietarios me cediera su camarote, y no lo obtuve; el primero—empleado de aduanas—era anciano y enfermo que iba á México á sufrir una grave operación quirúrgica; y el otro, un rozagante teutón que con su cónyuge daba la vuelta al mundo, redondamente díjome que «nones.»

Con la noche, que se nos fué encima de un golpe, se levantó brisa fresquísimas, á pesar de la latitud, y de puro afligido dí con el remedio:

—¿Cuánto me cobra usted por convertirme el comedor en dormitorio? . . .

Estupefacción del sobrecargo.

—Nunca se ha hecho eso, tendríamos que desatornillar la mesa, y habría que desocuparlo antes de las seis de la mañana para que sirvieran el desayuno. . .

—Desatornille usted lo que le plazca y yo le garantizo que mi gente desocupará la estancia á la hora que sea preciso.

Y por unos cuantos pesos, disfrutó mi familia, y aun la que no lo es, del mejor departamento de nuestra embarcación.

Yo, en cambio, pasé una noche de perros, ¡sin metáfora!, sobre que mi perro *Hamlet* (precioso *specimen* de *pug-dog*, un chato mal encarado y finísimo), durmió

F. GAMBOA

echado encima de mis pies y yo echado encima de uno de los bancos pegados á la borda. . .

Todas las hamacas habían sido de antemano alquiladas por los gringos. . .

De súbito, anclamos á medio río.

—¿Qué ocurre? . . .

De ocurrir, no ocurría nada; parábamos, porque de noche no se navega, y parábamos á la mitad del río, para que no se nos colara á bordo un caimán hambreado de los que pululan entre las dos riberas despobladas y frías. . .

Convengamos en que la nota no era agradable.

A las diez de la noche, blindado el *Playa Vicente* con las lonas que durante el día sirvieran para defendernos del sol; iluminada la cubierta por una sola lamparilla mortecina, los seis americanos encaramáronse en sus hamacas respectivas, sin desnudarse, antes arrebujándose en sendas mantas, pues el cierzo arreciaba. Sólo despojáronse, ¡ay!, de sus zapatos incomensurables, que al caer sonaron á derrumbe de algo enorme y pesado. Agrandados por las sombras, diríase que eran torpedos almacenados.

Sin contar á mi perro *Hamlet*, fuimos cuatro los condenados á dormir sobre los bancos: un individuo que no conocí; D. Agatón Gosch, que venía de Guatemala, donde desempeñaba el mismo cargo, á ser canciller de la Legación de Alemania en México, y que, por lo pronto, extrajo de su maleta de mano una almohada de goma inflable; un ibero, que había sido preceptor en Centroamérica, resuelto á reanudar las labores de su antigua

MI DIARIO

profesión de actor, en la compañía dramática de Pancho Cardona; y yo, que no tenía á la mano ni un mal abrigo.

El preceptor, condolido de mí, me cedió su *pañosa*, léase capa española, que me cayó á modo de manto regio.

Poco dormí, por la incomodidad y el frío, y por lo que de cuando en cuando sonaba el agua al chocar contra los costados del barco.

—¿Los caimanes? . . .

Por fortuna madrugó también el *Playa Vicente*, y como sus calderas se la habían pasado en vela, le sobró vapor con que emprender su marcha muy de mañana. . . Continúa el panorama encantador de las dos riberas, la fauna y la flora lujuriantes. En cuanto el sol trepó un poco, continuaron en luz y colores los prodigios de ayer.

Las garzas, azules y blancas, bellísimas, siguen acompañándonos.

A eso de las tres de la tarde arribamos á Tlacotalpam, población netamente jarocho y con marcada semejanza, vista desde el Papaloápam, que es el río en que acabamos de penetrar, á un pueblo del Oriente.

El Papaloápam,—por aquí á lo menos,—es mucho más ancho y caudaloso que su vecino el San Juan, de mucho mayor fondo. A propósito de este fondo, no sé quién (pasajero? . . . tripulante? . . .) me enteró de que hasta por estos contornos aventuróse durante la Intervención, más de un buque de guerra francés, debidamente baleado por los ribereños. . .

A las cinco en punto, atracamos en el desembarcadero de Alvarado.

Un empleado inglés de la casa Pearson y Compañía, me avisó que el tren sólo á mí esperaba y que habían puesto una de las nuevas locomotoras, á efecto de que sin contratiempo pudiéramos llegar á Veracruz cuanto antes.

Agradecimiento é instalación de mi tribu á bordo del tren.

Hamlet resistióse á que lo ocultáramos; saltaba y ladraba saludando á su nueva tierra, y en el coche se posesionó del ventanillo á que iban asomados mi hijo y su aya.

8.30 P. M.—Veracruz.

Manuel S. Iglesias, primo hermano mío y viejísimo amigo (lo que no es sinónimo), esperábame en el paradero.

Nueva atención que me sorprende: un conductor, gorra en mano, anuncióme que había un tranvía especial á mis órdenes.

21 DE DICIEMBRE.—Veracruz.

Encantado, como siempre que visito este puerto por el que desde niño he nutrido especialísima simpatía, tanta, que muchas personas me suponen nacido en la denodada ciudad, ¡heroica tres veces! A causa de esa simpatía, nunca las he sacado de su error, he dejado que me crean veracruzano, pues mucho quiero al lugar en que mi padre vivió apreciado una porción de años; ciudad la más sucia, enfermiza y descuidada de la República, mu-

nicipal é higiénicamente hablando, pero que ha producido, en cambio, de las mejores inteligencias nacionales; que ha sido la más digna, la más sufrida en todas nuestras convulsiones políticas y cuando las invasiones extranjeras; la única en que so pena de inmediata y merecida reciprocidad, no puede impunemente tutearse á nadie, ni á los negros más infelices; la única avara en . . . una porción de cosillas que no son del caso mencionar.

Con Manuel S. Iglesias, expansiones é intimidades, manoseos y recuento de instantes de infancia, de nuestras juventudes sin recursos, de nuestros planes de antaño, realizados hoy unos y otros destruídos; abrir y cerrar de armarios del corazón y arcones de la memoria . . . ¡cuánto polvo! ¡cuánta hoja seca!, pero también ¡qué buenas raíces, hondo clavadas, que nos han dado fruto y continuarán dándonoslo, Dios y podas mediante! . . .

22 DE DICIEMBRE.—Apenas con tiempo para recordar que hoy ajusto treinta y seis años de edad.

A la una de la tarde salimos rumbo á Orizaba, á la que hemos llegado en la noche ya.

El nuevo *Hotel de France*, en que nos alojamos, nos deslumbra por sus condiciones, debido principalmente á que traemos un recuerdo deplorable de Salina Cruz y de las ventas del camino.

23 DE DICIEMBRE.—En la «Pluviosilla» de Rafael Delgado, autor de «La Calandria,» soberbia novela ésta, que tanta honra ha dado, no sólo á la misma «Pluviosilla,» sino á la República entera.

F. GAMBOA

24 DE DICIEMBRE.—Dulce Navidad. Dentro de algunas horas estaré con mi familia.

A las diez hemos partido rumbo á México.

Otumba á las cinco de la tarde.

Un grupo de amigos de verdad, vino á encontrarme hasta este lugar, adelantándome con ello el placer del regreso.

Amargado mi arribo. Una hermana mía no pudo esperarme en la estación, por la enfermedad que la retiene encamada: un cáncer. . .

Y también el cáncer es causa de que Jesús F. Contreras me abrace en el paradero con el único brazo que le queda. . . No podemos decirnos palabra, por lo que nos emociona la espantosa mutilación.

¡Un escultor sin su brazo derecho! . . .

25 DE DICIEMBRE.—Todo el día con amigos íntimos.

Lleváronme á la tarde al nuevo café de Chapultepec, que no conocía.

¡Cuántas horas expansivas y gratas! ¡Cuántas ilusiones y cuántos proyectos! ¡Aun soy joven!

26 DE DICIEMBRE.—En la Secretaría de Relaciones, á saludar al señor Mariscal.

Mientras llega, pláticas con mi hermano José María, quien desde el mes de marzo hállase de Subsecretario en el propio Ministerio.

Secreta satisfacción de vernos él y yo ascendiendo por

MI DIARIO

nosotros mismos, sin ayudas que nos enrojeczan, ni apoyos que nos avergüencen ó humillen.

Tristeza de que mi padre no pueda contemplarnos. . .

Pavor que irrazonadamente me invade, de que Pepe ó yo podamos tropezar, caer, ser arrastrados el día en que un posible accidente nos derrumbe de las alturas escaladas con tanto trabajo.

¡Es tan fácil caer!

El señor Mariscal me recibió con la afectuosa benevolencia que desde años atrás me dispensa; sonriente y afectuoso, estrechando mis manos con las dos manos suyas, me sentó á su lado. . .

Tres cuartos de hora, gozando de su espiritual *causerie*.

Me interrogó ampliamente sobre seres y cosas de Centroamérica.

29 DE DICIEMBRE.—Entrevista con el Presidente de la República.

Breve y lacónica, como todas las que concede, pero ratificando por indirecto modo las felicitaciones y ofertas de su Secretario de Relaciones.

—«El Gobierno está satisfecho con el manejo de usted en Centroamérica.»

31 DE DICIEMBRE.—La atracción que mi familia ha ejercido siempre en mi ánimo, hizo que la noche de hoy me recogiera yo muy temprano, á esperar al lado de los míos el inminente advenimiento del siglo que va á nacer.

El siglo XIX, llamado de las luces (¿por qué, si ha

F. GAMBOA

tenido tantas ó más sombras que las centurias sus antecesoras?), se halla en plena agonía irremediable.

Cuando haya muerto, dentro de unas cuantas horas, ¿lo dejarán descansar en paz? . . .

Y asáltame una idea formidable, por lo que conmueve doctrinas, filosofías y metafísicas.

—¿A dónde irán los años y los siglos que se mueren? . . .

—¿En realidad han existido en el tiempo y en el espacio, ó solamente por modo fenomenal en el cerebro del hombre? . . .

—¿Para qué mediremos el tiempo, si no admite mensura? ¿para qué usaremos el reloj y el calendario? . . .

Fuera de la existencia de Dios y de la eternidad del espíritu—en mi concepto por cima de toda discusión y de toda duda,—¿tendrá razón en lo demás, el nebuloso príncipe de Dinamarca, y no será todo sino:

—«Palabras, palabras, palabras! . . . ?»



ÍNDICE ALFABÉTICO

A

- | | |
|---|-------------------------------------|
| Acosta, Vicente— 132, 147,
149, 151, 155, 157, 158, 159,
165, 167, 168, 169, 170, 171,
174, 178, 189, 265. | Altamirano, Ignacio M.—73,
238. |
| Agacio—252. | Allende, Ignacio—76 |
| Agustín, San—108. | Allighieri, Dante—39. |
| Alas, Leopoldo—11. | Andrade, Olegario—28. |
| Alcalde, Sra. de—37. | Anguiano, Francisco—102,
103. |
| Alcalde, Ramón—30, 31. | Arnauld d'Andille—108. |
| Alcalde, Francisco—94. | Arroyo, Arnulfo—50, 51, 53. |
| Alatorre, Ignacio R.—232. | Azpiroz, Manuel—49, 58, 82,
106. |
| Alfonso XII—121. | |

B

- | | |
|--|-----------------------------|
| Balsa de la Vega—122. | Barrundia, Martín—94 95. |
| Balzac, Honorato de—84, 238. | Baudelaire, Charles—39. |
| Baranda, Joaquín—69, 145. | Baz, Gustavo—237, 239. |
| Bárcena, Manuel—17. | Bravo, Nicolás—66. |
| Barrios, Justo Rufino—102,
104, 143, 263. | Briot, N.—126. |
| | Bustamante, Agustín—89, 90. |

C

- | | |
|---------------------------------------|-------------------------------|
| Canel, Eva—45. | Carpio, Bernardo del—212. |
| Cañas, Juan J.—130, 147, 148,
149. | Castañeda, Arnulfo—114. |
| Cardona, Francisco—281. | Castaño, Estanislao—214, 219. |
| | Castelar, Emilio—262. |